

Iglesia y Estado en el socialismo tropical

Entre la cooptación, la reforma y la «reconquista»

UWE OPTENHÖGEL

Presentada como una actividad pastoral, la visita del papa a Cuba tuvo algo de «reconquista», en un momento en el que la isla enfrenta una compleja transición. Las misas papales no solo fueron ampliamente cubiertas por la prensa oficial, sino que las páginas de los diarios, así como los discursos oficiales, se abrieron a temas de espiritualidad y religión. Asimismo, dirigentes del Partido Comunista participaron de la reciente peregrinación de la Virgen de la Caridad del Cobre. Iglesia y gobierno comparten el proyecto de «transición ordenada», mientras la curia gana en influencia, sobre todo de la mano de las políticas sociales. Sin embargo, la estrategia de cooperación entraña riesgos y contradicciones para ambos lados.

En Cuba hay un refrán que dice: «El cubano se acuerda de Dios cuando truena». Y en él se refleja no solamente la relajada relación de los cubanos con la religión, sino también el hecho de que estos no son tan católicos como muchos otros latinoamericanos. No obstante, a fines de marzo el papa visitó Cuba, con lo que ya son dos las visitas de un sucesor de Pedro –como lo llama la prensa cubana– a la isla socialista. El viaje estuvo cargado de enormes expectativas, pero solo algunas de ellas fueron satisfechas por el papa.

No se produjo, por ejemplo, el encuentro con «disidentes» que medios estadounidenses y europeos habían intentado forzar escribiendo insistentemente sobre su eventual realización. Sucede que también la Iglesia católica de Cuba sabe que el pequeño grupo de los así llamados «opositores» no representa un factor de poder en el país, por lo cual tampoco puede ser considerado un «agente de cambio». El socialismo cubano no es una copia de Europa del Este. La nación caribeña no es en absoluto tan católica como Polonia, la patria de

Uwe Optenhögel: politólogo y economista. Es consultor político y dirige la oficina de la Fundación Friedrich Ebert para Cuba.

Palabras claves: transición, Iglesia católica, socialismo, Benedicto XVI, Raúl Castro, Cuba.

Juan Pablo II, y la Confederación de Trabajadores de Cuba sigue siendo la correa de transmisión del Partido Comunista en las fábricas, nada cercano a un movimiento patriótico de masas con ideas propias como lo fue *Solidarność* (Solidaridad) en la Polonia de la década de 1980.

Mientras que el papa, durante la etapa anterior de su viaje, en México, había llamado claramente y por su nombre a los problemas de ese país (narcotráfico, violencia, etc.) y los temas que enfrenta en su cruzada (aborto), en Cuba se comportó de manera mucho más reservada. Allí «practicó lo que alguien ha llamado silencios tácticos; todos los discursos y declaraciones estuvieron llenos de lugares comunes y de ideas formuladas de tal manera que cada cual puede arrimar la brasa a su propio caldero, según le convenga»¹. Se conformó con una referencia genérica al fracaso del marxismo. Así, Benedicto XVI no se habría apartado un ápice del guión escrito por el cardenal de La Habana, Jaime Ortega, y los obispos cubanos. La visita a la isla tenía dos objetivos: reforzar las tareas misionales y apoyar la línea de apertura y cooperación de la Iglesia con el Estado tal como la viene impulsando de un tiempo a esta parte la curia de la isla.

En relación con las metas propuestas, la visita papal fue un éxito para la Iglesia católica como institución y para el gobierno de Raúl Castro. En

los párrafos que siguen, se discutirá en qué contexto social y político tuvo lugar el viaje, cómo se pasó de una relación de años de antagonismo entre Iglesia y Estado durante el socialismo a la cooperación en pos de un interés común, y a qué contradicciones se enfrenta cada uno de los actores en su estrategia.

■ Iglesia y Revolución

La revolución de 1959 marcó un quiebre en la relación entre el Estado y la Iglesia católica de Cuba. Antes de esa fecha, una Iglesia dominada por sacerdotes no cubanos funcionaba como cura de almas para la burguesía y como institución educativa para sus hijos. Salvo ciertas excepciones de algunos «padres» cercanos al pueblo que vieron con buenos ojos la revolución, la Iglesia en tanto institución fue considerada durante decenios como conservadora, blanca, antidemocrática y elitista. Tras la revolución de 1959 sobrevivió a la marginación, la represión y el aislamiento interno y externo a que fue sometida por decenas de años. La religiosidad, que de todas maneras tenía poco arraigo en la población, se conjugaba ahora con el ateísmo intransigente de los barbudos revolucionarios. Recién en la década de 1990 comenzaron a normalizarse las relaciones.

1. Orestes Sandoval: «Cuba y la Iglesia católica, un matrimonio de conveniencia», opinión, en *Nueva Sociedad*, <www.nuso.org/opinion.php?id=103>, abril de 2012.

Después del colapso del socialismo real y la consecuente eliminación de subvenciones para la isla, el régimen cubano necesitó aliados para luchar contra la decadencia económica y social. Esto abrió nuevas posibilidades para la Iglesia católica. El proceso de aproximación llegó finalmente a un cenit provisorio con la visita del papa Juan Pablo II en enero de 1998. Según el cardenal Ortega, el viaje papal tuvo también efectos concretos para la vida cristiana en ese país: en su opinión, empezó a ser más fácil para los sacerdotes y misioneros extranjeros viajar a Cuba; se pudo volver a celebrar fiestas religiosas, y en determinadas festividades –por ejemplo, Navidad– también pudieron aparecer obispos en medios de comunicación estatales. Desde entonces, la relación con el gobierno se volvió más pragmática y tuvo más continuidad. Y luego de la visita papal se declaró feriado por Semana Santa.

■ La revalorización de la Iglesia católica

Durante el gobierno de Raúl Castro, la Iglesia católica ha sido revalorizada, en tanto el presidente la busca como aliada estratégica y mediadora entre el Estado y la sociedad. El fundamento político para esta nueva alianza es el hecho de que el actual catolicismo reconoce la legitimidad del socialismo en Cuba. La Iglesia también considera el socialismo cubano como un resultado de la lucha política del

pueblo por la independencia nacional, y por consiguiente, como conformador de identidad, a diferencia de lo que sucedió en Europa central y Europa del Este, donde el comunismo entró en la mayoría de los países montado en tanques del Ejército Rojo. Fue muy notoria la cooperación entre Iglesia y Estado en la liberación de más de 100 opositores encarcelados tras la negociación llevada a cabo durante el verano boreal de 2010 por el gobierno cubano, el cardenal Ortega y el gobierno español en la gestión de José Luis Rodríguez Zapatero. En este caso, la Iglesia católica no solo fue la instancia que mantuvo los contactos entre los presos y sus familiares, sino que también ofició como portavoz del gobierno, que casi no se manifestó públicamente acerca de las liberaciones.

Para comunicarse con la opinión pública y el Estado, la Iglesia cuenta con medios de comunicación propios que, mientras tanto, funcionan como canales abiertos que también son usados por la «sociedad civil» –en la medida que este concepto pueda aplicarse en Cuba– para expresar su crítica al estado de cosas imperante. Su lectura permite observar de cerca una discusión interna sobre la realidad de Cuba que no está marcada por la fidelidad partidaria de los medios de comunicación estatales ni por las posiciones frecuentemente ideológicas de los observadores internacionales. Estos canales son publicados por las propias diócesis e integran el muy reducido

conjunto de medios de comunicación no sometidos a la censura estatal. Así fue como dos pequeñas revistas católicas llegaron a ser las plataformas donde se llevan a cabo las «verdaderas» discusiones sobre reforma económica y social en el país. Y una creciente cantidad de laicos católicos de izquierda saca provecho de estos espacios a resguardo de turbulencias políticas para formular cautelosamente conceptos de reforma política.

La alianza con la Iglesia católica representa para el gobierno comunista el intento de integrar, para sus objetivos propios, a la única organización no estatal con presencia en todo el país y alto grado de institucionalización, a diferencia de los descentralizados cultos religiosos afrocubanos y de la fragmentación de los protestantes. Esta nueva cooperación, mirada con ojos extremadamente críticos dentro del Partido Comunista de Cuba (PCC), logra legitimarse puertas adentro, ante las comisiones y los miembros del partido, gracias a su utilidad práctica para la política del Estado. De todas maneras, las coincidencias entre Raúl Castro y el cardenal de La Habana han llegado a tal punto que surge la duda de si el jefe de Estado comunista no está usando a la Iglesia para hacer presión sobre sus más recalcitrantes camaradas del PCC con el objetivo de que accedan a las reformas. El hecho es que el Estado socialista, debido a la constante ineficiencia de su economía y a una notoria estrechez financiera

producto de ella, es cada vez menos capaz de hacerse cargo de los gastos producidos por las conquistas sociales de la Revolución en materia de política social, educativa y sanitaria. Y es allí donde la Iglesia, con su activo rol en asistencia social y su buen acceso a fuentes de financiamiento del exterior, se presenta como una socia adecuada. Además, ya hace un tiempo que la Iglesia funciona como un portavoz cuasi «diplomático» que explica a políticos extranjeros lo que sucede en Cuba, con lo que obra en cierta medida como legitimadora de la política actual de gobierno.

Pero podría haber otro motivo más para que la cooperación entre Iglesia y Estado funcione: ambas instituciones tienen similitudes en temas centrales de organización tales como el centralismo, los procesos ritualizados, el rol de las jerarquías de organización interna, el reconocimiento de la autoridad y la exclusión de los disidentes. Así es como la cúpula de la Iglesia pagó un alto precio por los cada vez mayores espacios para ejercer la crítica moderada a la situación imperante, actuando con mano dura contra aquellos grupos que, desde dentro de ella, iban demasiado lejos con sus críticas. Un ejemplo notorio fueron las sanciones impuestas hace unos años contra los editores de la revista eclesiástica *Vitral*. En este caso, el Estado no tuvo necesidad de intervenir. Actuando de forma similar, la Iglesia misma consideró a los

editores como disidentes que debían ser aislados.

El VI Congreso del Partido Comunista, reunido en abril de 2011, resaltó en forma notoria el carácter estratégico del acercamiento a la Iglesia católica. El Informe Central de Raúl Castro incluyó un extenso párrafo sobre espiritualidad y religión inesperado para muchos miembros del Partido, en el que agradeció expresamente a la Iglesia católica y a sus dignatarios la mediación realizada para la liberación de «presos contrarrevolucionarios».

■ Antes de la visita papal

En el plano confesional, el papel que juega Cuba en América Latina es particular. En comparación, por ejemplo, con México o Nicaragua, Cuba es considerada uno de los países menos católicos de la región –incluso antes de la revolución de 1959–, aunque ciertamente los cubanos cultivan la espiritualidad. El sincretismo está muy difundido. Muchos practican, además de su fe cristiana, cultos de religiones de origen africano. Según estimaciones de la propia Iglesia católica, apenas entre 1% y 2% de los cubanos practica su fe regularmente. De todas maneras, son muchos más los ciudadanos que reciben el bautismo o son sepultados según el rito católico. No hay dudas, por tanto, de que la Iglesia necesita recuperar su influencia en este país. En consecuencia, desde

el punto de vista eclesiástico e institucional, el viaje del papa tiene, ante todo, un carácter misionero. Pero en el contexto de la extensa historia de la Iglesia podría decirse también que tiene algo de «reconquista». La Iglesia quiere al menos recuperar el terreno que ocupaba antes de la Revolución. El aspecto político de la visita del papa estriba en que, con su llegada, dio aprobación oficial a la línea de apertura y cooperación de la Iglesia con el Estado tal como la vienen implementando hace un tiempo el cardenal Ortega y los obispos cubanos.

La estrategia es exitosa. Con el viento en popa del Congreso del PCC prosigue la pacífica e inteligentemente orquestada «reconquista»: en noviembre de 2011 pudo instalarse en La Habana un nuevo seminario sacerdotal. Por primera vez en 50 años las autoridades cubanas hacían posible construir un edificio nuevo. El presidente Raúl Castro asistió a la inauguración.

La visita papal a fines de marzo de este año creó otras ansiadas oportunidades de recuperar el terreno alguna vez perdido. De forma similar al viaje papal de 1998, se está planeando una misión nacional para evangelizar el país. Se prevé, entre otras actividades, la realización de un gran Congreso Nacional Mariano y de una misa concelebrada por todos los obispos cubanos. Estas y otras acciones

son interpretadas puertas adentro de la Iglesia como un resurgimiento de los católicos en Cuba y presentadas como tales ante la opinión pública. El Estado acompaña: el presidente Raúl Castro en persona apoyó desde un principio la idea de una visita papal. A fines de 2011 recibió en La Habana a Alberto Gasbarri, organizador de los viajes del papa y la televisión estatal cubana habló de «excelentes relaciones entre Cuba y la Santa Sede».

En los últimos meses de 2011, la estatua de la santa patrona de Cuba, la Virgen de la Caridad del Cobre, fue llevada en numerosas procesiones por la isla. Lo notorio en este caso no fue tanto que las procesiones hayan sido autorizadas, sino el hecho de que en muchas ciudades y comunas los dignatarios de la Iglesia hayan marchado en la primera fila detrás de la imagen de la Virgen, mientras que las figuras locales del PCC lo hacían en la segunda fila. Esto hubiera sido muy difícil de imaginar con Fidel Castro en el poder. La manera en que se realizaron estas procesiones exhibe un simbolismo de una importancia tal que se torna imposible cualquier exageración.

■ ¿Una alianza inestable?

La actual cooperación presenta ventajas para ambos actores. La Iglesia y los fieles tienen la posibilidad de lograr más espacios de acción, tanto

en el plano material como en el intelectual, mientras que el Estado recibe apoyo para su política social y obtiene una legitimación que trae alivio en cuestiones tales como el pluralismo de ideas dentro de Cuba y los derechos humanos. Sin embargo, está aún por verse cuán estable será esta alianza motivada por objetivos. La alianza supone riesgos para ambas partes.

Por el lado del régimen, el Partido y el gobierno parecieran marchar por separado. La cooperación se da entre Iglesia y gobierno. Amplios sectores del PCC tienen una postura crítica ante este proceso, lo cual motivó la extensa digresión explicativa de Raúl Castro durante el congreso partidario de abril de 2011. El escepticismo no tiene nada de raro, toda vez que el ateísmo y la secularización formaron parte de la razón de Estado y fueron para muchos cubanos una conquista de la Revolución.

Por su parte, la estrategia de cooperación hace que también la Iglesia católica camine por una cornisa. En sus *trade-offs* con el régimen, no solamente corre el peligro de que el «amor al prójimo» que proclama sea confundido con un instrumento de cálculo de costo-beneficio; también se presenta un problema de credibilidad simultáneamente en varios frentes. Mientras el diálogo es muy bien recibido por las fuerzas del régimen favorables a la reforma, es considerado algo controversial en círculos del pequeño grupo

de disidentes: una parte aprueba los nuevos márgenes de acción que se crean gracias al diálogo, mientras que la otra parte condena la actitud de la Iglesia acusándola de contribuir a la estabilidad del sistema. Pero el mayor problema podría residir en la percepción del pueblo raso que, en el contexto de un muy extendido hartazgo de la política, podría interpretar la política de la Iglesia como un juego de poder «de los de arriba», que no se preocupan por los verdaderos intereses del pueblo. Las imágenes mostradas por la televisión y otros medios durante la visita papal parecen más bien confirmar ópticamente estas dudas. Los dignatarios de la Iglesia que se veían eran, sin excepciones, hombres mayores: una imagen a la que los cubanos ya se han acostumbrado por su veterana dirigencia, en la que mantiene un gran peso, político y simbólico, la generación del 59. Es entonces pertinente poner en duda que la población, y especialmente la juventud cubana carente de perspectivas, pueda asociar esto con el ingreso en

una nueva era. Solo el tiempo dirá si la Iglesia logra con su estrategia aumentar la feligresía católica en Cuba y consolidarse como institución de manera duradera.

Sin embargo, más allá de la momentánea alianza motivada por objetivos específicos, hay un interés común superior en la relación entre Estado e Iglesia: ambas partes suponen que Cuba necesita un cambio, y que este cambio es inevitable. Pero las dos partes tienen también el profundo convencimiento de que este proceso de cambio debe ser una «transición ordenada», una transformación regulada. De no ser así, cada una vería su propia posición en serio peligro.

Sea como fuere que se den los acontecimientos, el factor tiempo podría jugar a favor de la Iglesia. Teniendo en cuenta sus 2.000 años de historia, la Iglesia puede permitirse pensar en términos de siglos; no así los «comandantes», que deben presentar resultados económicos rápidamente si desean salvar su revolución. ☒